

Raimundo reflexionaba con la cabeza inclinada sobre el periódico. No le cabía duda de que el drama de que se hablaba era el suyo, ni de que era Dejarine el hombre á quien habían matado cerca de él. Pero, el otro, el que huyó por el techo de plomo, ¿quién era? Sin duda el marido. Entonces, ¿para qué ocultarse, cuando tenía de su parte la ley y los gendarmes? Y luego, aquella cara conocida, aquella mirada irónica de complicidad, ¿en qué rincón de la memoria podría encontrarla?

Como en respuesta á su muda pregunta, una voz dijo en el grupo de al lado:

— Lo que me choca, señores, aunque el periódico nada dice de esto, es que no se haya vuelto á hablar del marido, del asesino. Tratándose de una personalidad como la del general, antiguo ministro de la policía de su país, se puede suponer todo, y esa desaparición me parece misteriosa. ¿Por qué el comisario que instruyó las diligencias no hizo cerrar inmediatamente el hotel para interrogar á todas las personas que en él se encontraban?

Raimundo se sintió poseído de un terror retrospectivo y se ensimismó más profundamente en su periódico. Se veía en aquel barrio lejano, obligado á decir su nombre y el de la persona con quien se encontraba. ¡La mujer de un ministro expuesta á aquella angustia y entregada á la discreción de un bajo polizonte! Todo el espanto de lo que había visto desaparecía ante lo que había podido ocurrir. No, jamás se arriesgaría en una expedición semejante y en tanto que no tuviese un cuarto propio no se metería en tan peligrosas aventuras de amor.

IV

CARTAS ANÓNIMAS.

« Si Claudio Jacquand tiene interés en saber á dónde va casi todos los días de cinco á seis, cuando sale de la oficina, la pequeña telegrafista á la que quiere dar su nombre, no tiene más que esconderse en un portal y acechar la salida de la Central. Se le promete una sorpresa. »

En el elegante piso bajo de la calle de Cambón, en que el senador lionés vivía con su hijo durante el período de las sesiones, Claudio Jacquand reflexionaba con la frente en los cristales de su cuarto tocador, arugando en la mano aquella carta anónima. Desde su encuentro con Dina en el baile del ministerio, estaba acribillado de aquellas esquelas de letra torpe y membrete de almacén de novedades, pero, sin saber por qué, ninguna le había impresionado tanto como aquella. Sin dejar de protestar en el fondo de su alma, la leyó con atención varias veces.

— No; no iré á acecharla; no me esconderé. Voy á ir en seguida y sencillamente á preguntár por la señorita Eudeline en la oficina central y le diré... ¡Dios mío! le diré que después de una hora de delirio, de vértigo, ha venido la reflexión á reducir á la nada un sueño de dicha

muy difícil de realizar. Tendría que indisponerme con mi padre y sufrir asaltos para los que no me siento con valor. Por su felicidad, por la mía, suplicaré á Dina que me releve de mi promesa.

Tomada esta determinación, Claudio se sintió más ligero, más firme sobre sus largas piernas y se apresuró á terminar su atavío para salir. Olvidaba el desgraciado las innumerables decisiones que había adoptado en cuarenta y ocho horas, para abandonarlas con la misma vehemencia. Porque no era uno de esos irresolutos de forma tranquila cuya perpetua oscilación parece provenir de juicios demasiado bien equilibrados ó de una *duploia* intelectual que da siempre á su espíritu dos maneras de ver á la vez. La indecisión de aquel lionés de frente exaltada, de ojos salientes y fanáticos, de súbitas fugas, seguidas de torpezas abrumadoras, resultaba de su movilidad excesiva, que hacía la desgracia de su vida. Cuando se encontró solo después de su aventura del baile, de su ruptura con Florencia, de su compromiso con Dina, y fuera de la influencia encantadora de sus ojos azules y de sus trenzas de oro, le acometió el miedo, el asombro de su audacia. No, ciertamente, porque Florencia hubiese creado raíz alguna en su corazón. Aquella hermosa joven de un sensualismo instintivo, que se pasaba la vida en la calle de la *Paix* saliendo de una tienda para entrar en otra ó á merendar en alguna pastelería elegante; que no era aficionada á los cuadros ni á la música; que no leía nada ni creía en nada más que en ella misma, en su tocado y en su belleza; aquella exuberante persona podía ser una mujer para enseñarla á la galería, pero no era en modo alguno de su gusto. La desgracia estaba en que la ruptura le indispondría

con la señora de Valfón, tan buena mujer como preciosa amiga, y con Valfón mismo, que tenía fama de ser implacable en sus rencores, con Valfón, de quien su padre esperaba el nombramiento de ministro de marina como consecuencia del contrato de boda. ¿Cómo encontrarse después cara á cara con aquel terrible padre y, sobre todo, con su risa y su burla feroz? Porque Tony, como se le llamaba en el mundo de la diversión, no se enfadaba nunca. Era un viejo verde que había matado á su mujer á disgustos por lo jaranero y mujeriego, muy liso, muy compuesto, con la barba teñida, y llegado á los setenta años sin haber padecido más enfermedad que un gran resfriado que cogió en la inauguración de una estatua y que le retenía en Lyon hacía quince días. Claudio le aguardaba de un momento á otro en la calle de Cambón y pensando en la decepción que le esperaba, prefería arrostrar la cólera y el desprecio de Dina.

Minuciosamente informado por ella, se presentó en la oficina central á eso de las once, cuando la señorita Eudeline acababa de ponerse su vestido de trabajo y de sentarse ante el aparato. El joven desconfiaba de su emoción y llevaba preparado de antemano cuanto había de decir. Una cosa le animaba, sin embargo, y era el traje de oficina de la telegrafista, tan diferente al de su aparición como pastora Watteau y que habría de causarle un desencanto que haría más fácil su empeño. Pero sucedió precisamente lo contrario.

Cuando Dina salió á la escalera, con su larga blusa negra que la hacía más alta, la cabeza más pequeña, la tez más rosada y las pesadas trenzas rubias de un oro más brillante, Claudio, desvanecido, buscó en vano sus ideas y sus palabras. Jamás había visto nada semejante á aquella

gracia juvenil, al lado de la cual la pastora del baile resultaba una muñeca de escaparate. Y mientras Claudio sacudido por un temblor nervioso se apoyaba en el pasamanos de la escalera, Dina exclamó con la más tranquila entonación:

— Estaba segura de ver á usted hoy... Se lo había pedido con tanto fervor á Nuestra Señora de Fourvière... Cuando me han llamado, no me he sorprendido.

Asomada á la barandilla, muy cerca de él y sin ocuparse de la gente que subía y bajaba la ancha escalera de la administración, le contó la extraña fantasía de Wilkie Marqués y la petición de matrimonio de que estaba amenazada. Raimundo no había dicho nada todavía, pero su madre, la había prevenido.

— Por supuesto, mi querido Claudio, no he dicho ni una palabra de sus proyectos de usted, puesto que desea advertir ante todo á su padre. He hecho lo que usted deseaba, aunque me ha costado mucho trabajo; pero Wilkie tiene prisa por recibir mi respuesta y tengo que dársela lo más pronto posible.

— Pero, en fin, ¿usted ama á ese Wilkie?... ¿Le conoce usted siquiera? preguntó Claudio, cuya lividez líonense se impregnó de repente de un tinte celoso.

Una sonrisa embelleció la respuesta de Dina. ¿Enamorada de ese señor? ¡Oh! no, por cierto. Pero es el mejor y más antiguo amigo de mi hermano, un amigo cuya petición no podía menos de halagarme, tanto más cuanto que no la oculta, puesto que quería formularla con su madre.

— Ese hombre se oculta siempre... Claudio agitaba al hablar la barandilla con el furor contenido de su ancha mano, enguantada de claro... Es un monstruo de per-

versidad, un ser podrido que se vanagloria de serlo... Por qué la busca á usted? ¿Qué encierra esta petición de matrimonio? Yo lo sabré, pero aseguro desde luego que es alguna infamia.

Siempre sonriente y tranquila, la joven preguntó:

— ¿Qué debo responderle!

¡Qué! ¿sabía él mismo, acaso, lo que convenia responder? Cogerla, sí, llevársela tal como estaba, envolver á aquella mujer hada en sus trenzas de oro y en su blusa negra y escaparse con ella, como un ladrón, tal era exactamente la sensación que había experimentado la primera vez que la vió y la que sentía al encontrarse de nuevo en su presencia. Un impulso irresistible, un vértigo del alma y de la carne. ¿Cómo explicar todo eso en frases convenientes, en una escalera y ante las miradas curiosas de la gente que le espiaba al pasar? Se expresó, pues, muy mal. Pero entran por tan poco las palabras en la verdadera pasión... No dijo nada de lo que llevaba preparado y ni se acordó siquiera de la carta anónima. Había ido á recobrar su promesa y la renovó más seriamente que nunca. En cuanto á su padre, se propuso telegrafiarle largamente y en cuanto llegase su respuesta, que fuera la que fuera no había de cambiar sus propósitos, se la llevaría á Dina á la misma hora.

— Aquí no, imposible, dijo la joven vivamente; si le recibiera á usted dos días seguidos, llamaría la atención. ¡Son tan chismosos estos empleados! Ahora mismo ha pasado al lado nuestro el jefe de mi brigada y en la mitad que ha echado á sus guantes de usted he comprendido que toda la oficina se iba á ocupar en el asunto.

— ¿Puedo esperar á usted á la salida?

— Eso sería más peligroso aún.... No, dé usted la

respuesta al portero y recomiéndele que la suba al vestuario y la meta en mi saco.

Un violento campanillazo eléctrico anunció que habían acabado los diez minutos de descanso reglamentario que disfrutaban de hora en hora las señoras telegrafistas. Claudio murmuró tímidamente en tanto que se le ofrecía una manita que salía de un puño blanco :

— ¿Cuándo nos volveremos á ver?

Dina pareció reflexionar mientras levantaba sus bellos ojos y contestó :

Ya sabe usted que Marcos Javel me ha invitado para el lunes. ¿No va usted á ese baile?

La frente del lionés se ensombreció. ¡Los de Javel; qué idea! En primer lugar no se admitirá á los hombres. Se trata de un baile blanco, un baile de señoritas, por el cumpleaños de su sobrina. Además la suplicaba que no fuese y que no trabase relaciones con aquella gente. No podía formarse idea de lo que eran aquellas jóvenes de la buena sociedad ni de su modo de expresarse entre ellas. Aquella Nadia Dejarine, cuyo padre acababa de morir tan miserablemente, se expresaba como los palafreneros de su cuadra, y entre ella y la sobrina de Javel se entablaba siempre una justa de palabras españolas :

— Dina, se lo ruego, no vaya usted á ese baile; lo sentiría muchísimo....

Su voz era anhelosa, bajo la presión de la hora y de la emoción, y su actitud, siempre respetuosa, tomaba una expresión tierna que suplicaba á la joven y la envolvía á distancia.

— Cuando usted me lo pide así, es que cree tener derecho... dijo Dina con una gracia circunspecta.

Y rozando la mano de Claudio con el extremo de los dedos, añadió :

— Bueno, no iré á casa de Marcos Javel, pero eso me va á ocasionar nuevos disimulos y nuevas historias con mamá....

Hasta entonces no había habido nada secreto entre aquella madre y aquella hija. Separada durante mucho tiempo de los muchachos y sin tener á su lado en casa de los parientes de provincia más que á la pequeña Dina, de inteligencia muy fina y despierta ya para su edad, la viuda de Eudeline había adquirido la costumbre deliciosa de comunicarle todas las noches sus confidencias sobre la almohada de la gran cama que las había seguido desde el *faubourg* del Temple hasta Cherburgo y desde Cherburgo á la trastienda de la *Lámpara maravillosa*. Pero hacía algunos días que aquellas conversaciones eran menos íntimas y la madre adivinaba que su hija ocultaba alguna cosa. Fria ante unas ofertas de matrimonio tan halagadoras, hasta el punto de pedir tiempo para reflexionar, cuando cualquiera otra joven hubiera aceptado inmediatamente, era preciso que Dina tuviese interesado el corazón. Pero vayan ustedes á hacer hablar á una muchacha que no se confía ni á su madre.... Sus hermanos no obtendrían nada tampoco, el uno por autoritario y el otro por débil. Quedaba solamente la tía, la buena tía, que parecía haber vuelto de Londres expresamente para sacar de apuros á su antigua amiga.

En esto pensaba la viuda de Eudeline bajo sus sentimentales tirabuzones á la inglesa cuando se encaminaba al palacio Borbón en la tarde de aquel mismo día en que Claudio, bajo la influencia de una carta anónima, se

había decidido á las grandes determinaciones. La buena señora esperaba encontrar sola á Genoveva en aquel pequeño departamento cuyas ventanas, vecinas al tejado, daban á un patio interior del edificio. Desgraciadamente, cuando llegó estaba Izoard con su hija.

Sentada cerca de la ventana, Genoveva miraba melancólicamente aquel horizonte de techos y de chimeneas que se destacaba sobre un cielo brumoso. El viejo taquígrafo estaba encendiendo la lámpara y tarareando con una alegría un poco forzada. Como si aquel día expirante, á dos luces, encerrase á cada uno en piezas diferentes, el padre y la hija parecían lejos el uno del otro y no se hablaban. Así fué que en cuanto apareció la viuda de Eudeline, el expansivo marsellés prorrumpió en un grito de júbilo meridional :

— ¡ Calla ! La mamá Eudeline....

Qué fastidio, pensaba la viuda mientras se sentaba al lado de Genoveva ; qué fastidio no poder hablarla.... Y dijo en voz alta traduciendo involuntariamente su pensamiento :

— ¿ Tiene usted sesión esta tarde, señor Izoard ? ; Qué temprano se ha acabado !

— No ; dura todavía.... Ese terrible asunto Dejarine ha valido al Gobierno una interpelación que todo lo ha atropellado.... He subido á decir á mi hija que coma sin mí, porque nuestros oradores son tan pesados en sus correcciones....

Dió algunos pasos retorciendo su larga barba, signo en él de gran perplejidad, y dijo después bruscamente señalando á Genoveva :

— Mamá Eudeline, se la confío á usted.... Á ver si usted logra desarrugarla un poco.... Vamos á ver, ¿ es

eso razonable ? Desde que ha vuelto de Londres, esa es la cara de mi hija.... tan pronto por un motivo, tan pronto por otro, al menos según lo que ella cuenta á su padre.... Hoy parece que es la cuestión Dejarine.... Tiene miedo de que nuestra pobre Casta esté comprometida.... ¿ Por qué, si no está en París ?

— No sabemos nada, dijo vivamente Genoveva. De seguro anda metido en esto Lupniak.... Se supone que es uno de los principales actores del drama. Aunque mi querida Sofía no se ocupa ya de política, aunque su espíritu se ha ensanchado hasta un sueño de caridad y de piedad universal que se refleja en sus hospitales y en sus clínicas de niños enfermos, sé que es tan ardiente y de tal modo apasionada por la bravura de sus compatriotas revolucionarios, que tiemblo á cada momento, verla llegar.

La viuda Eudeline se compadeció :

— Comprendo, en efecto, que eso te atormente.

Pero Izoard guiñó sus ojillos de carbón de piedra y dijo á su antigua amiga : « No hay como una mamá para saber lo que pasa en la cabeza de estas chicas. »

Y su frase parecía sobrentender : « Encárguese usted de interrogar á la mía, ¿ quiere usted ? ». Así lo comprendió la buena señora, porque apenas desapareció el taquígrafo, se puso en actitud de confidencia con Genoveva y murmuró :

— Las mamás no están mejor enteradas que los demás, y la prueba es que he venido á preguntarte....

Vaciló y la tez mate de Genoveva se tiñó de púrpura por una íntima aprensión. Raimundo acaso. Pero la viuda, entregada por completo á su pensamiento, no observó aquel detalle.

— Mi Dina me tiene inquieta y quisiera que tú me ayudases á saber qué le sucede.

Genoveva se estremeció. ¿Qué le importaba Dina? No era ese nombre el que ella esperaba oír pronunciar.

— Su hija de usted no es más que una niña. ¿Y dice usted que la tiene inquieta?

— ¡Oh! Cruelmente.

Entonces la viuda contó la aventura de su pequeña Cendrillon, en la parte, al menos, que ella conocía, y los temores que asaltaban á la pobre madre al verla tan desdeñosa por un buen partido.

— Acaso tiene razón en estarlo, dijo Genoveva gravemente. He oído muchas veces á mi padre asegurar que esos Valfón y esos Marqués son muy mala gente. ¿Quién sabe si Dina está guiada por un instinto de dignidad y de honradez?

La voz de Genoveva, profunda y tranquila de ordinario, vibraba entonces con una sorda indignación que alumbraba sus ojos y sus pómulos. De repente se reprimió y dijo algo confusa:

— Después de todo, puede que sea un mal sentimiento el que me mueve á calumniar á esas personas. Pero ¿cómo quiere usted que dude entre ellos y nuestra Dina, de natural tan recto y tan franco?

— ¿De manera que no crees que si rehusa es porque su corazón ha hablado acaso por otro?

— Se lo hubiera á usted confesado.

— ¿Lo crees así?

— Es seguro.

La madre, transportada de júbilo, sonrió como si viese el cielo abierto.

— ¡Ah! Tíita.... Si supieras el bien que me haces...

Es tan triste pensar mal de los que se ama... Esa niña, que desde que nació duerme conmigo y cuya existencia forma parte de la mía, está alejada de mí y tengo miedo de que me oculte algo.

— ¿Quién ha dado á usted derecho para tener miedo?

La viuda sacó de uno de los insondables bolsillos de su falda, esos bolsillos tan incómodos que usan las mujeres y sobre los cuales parece siempre que están sentadas, dos ó tres cartas sin firma iguales á la que Claudio había recibido por la mañana. « ¿Está usted segura, decía una de ellas, de que Dina va todos los días á la oficina? Con la complicidad de un jefe de brigada ó de una vigilante, su ausencia puede bien pasar inadvertida. Así pues... » Otra de las cartas hacía observar á la viuda de Eudeline que su hija volvía de la oficina dos ó tres veces por semana con una hora ó tres cuartos de retraso. Sería curioso saber dónde pasaba ese tiempo la pequeña.

— Es vergonzoso decirlo, murmuró la pobre mujer mientras Genoveva, cerca de la lámpara, trataba de leer aquellas infamias;... esas cartas, que eres tú la primera, la única persona que ha leído, me amargan la vida. Ahora, cuando mi hija sale y cuando vuelve, mis ojos miran instintivamente el reloj. No hay ni un pliegue de su traje, ni un bucle de su pelo que yo no observe. Cuando duerme espío su sueño y me levanto á registrarla los bolsillos; y como jamás encuentro nada, en lugar de tranquilizarme, me alarmo más y me pregunto si será que la muchacha es más diestra que yo... En nuestro barco, como decía el señor Mauglas, estamos por el sentimiento y por el agua sedativa...

Abrazó estrechamente á la hermosa joven y dijo en una expansión de egoísta ternura:

— Querida mía, tú que eres tan juiciosa, tú, á quien mis hijos han escuchado siempre mejor aún que á su madre, ayúdame á recobrar á mi pobre Dina. Yo no sé qué hacer...

¡Oh! ¡Con qué sonrisa dulcemente dolorosa, con qué triste ironía respondió Genoveva!

— Es verdad; soy juiciosa; siempre lo he sido, acaso en demasía; más me hubiera valido sin duda un poco de locura... En fin, una vez más seré yo la razonable y si su hija de usted necesita un consejo, se le dará... Pero ante todo... — y con ademán de disgusto entregó los anónimos á la viuda — queme usted estas villanías y no ensucie más con ellas sus ojos y su pensamiento. Si mi pobre padre recibiera semejantes acusaciones sobre el honor de su hija, creo que moriría ó que mataría á alguien...

Un alegre campanillazo, un torbellino de risas jóvenes y de bucles rubios. Era Dina, que venía á buscar á su madre y que se arrojaba en los brazos de ambas, disculpándose por haber llegado tarde. Pero no tenía ella la culpa, sino Raimundo, á quien había encontrado en el almacén preparándose para comer fuera y ataviándose de un modo que ocupaba toda la casa. No se puede imaginar el sitio que necesita ahora un joven para vestirse ni las complicaciones de un vestido masculino,... las hormas para no deformar las botas, los aparatos para que los pantalones no formen rodilleras. Nunca se había oído hablar de semejantes elegancias. Pero lo que había que ver era la cara de Antonín al ver aquellos refinamientos; las hormas, sobre todo, y las ligas para los calcetines de seda, le hacían abrir un par de ojazos... En su taller no deben conocerse todas esas invenciones.

— ¿Tu hermano come, entonces, todos los días fuera de casa? preguntó Genoveva esforzándose por reír ante aquella charla.

Un guiño de ojos de la viuda quiso advertir á su hija:

— No seas chismosa...

Pero la pequeña, una vez lanzada, no se detuvo:

— ¿Raimundo? No le gusta más que comer en casa de los grandes farsantes que le envían emisarios á caballo... ¡Oh! bien se lo he dicho...

— Estaba segura, interrumpió la madre. Al verte entrar toda encarnada, he comprendido que venías de disputar con tu hermano... La *titta* debía regañarte,... no eres justa con Raimundo. Cuando Tonín no come en casa jamás dices nada.

La pequeña pasó un minuto de grande indignación, pero se reprimió vivamente:

— ¡Decir nada á Tonín! ¿Por qué? Cuando no come con nosotros es porque le retiene su trabajo en el taller, lo que no le impide venir á cerrar el almacén ni marcharse á cuidar, como esta noche, los últimos preparativos para la instalación del Delfín.

Aquel nombre de Delfín aplicado al hermano mayor hizo sonreír á Genoveva.

— ¿Y cuándo es esa instalación? preguntó.

— El domingo, creo. Tenemos aún que acabar un par de cortinas, respondió la viuda mirando á su hija.

Dina movió la cabeza, con aire rebelde.

— No sé si tendré tiempo.

— Sí, tendrás tiempo, diablillo, dijo la *titta* cogiéndola amablemente por el cuello, y yo te ayudaré si hace falta... Vamos á ver, ¿quieres que mañana vaya á buscarte á la oficina? Volveremos juntas á tu casa.

Dina pareció violenta.

— Sí, pero... no sé jamás á qué hora voy á salir... con los trabajos extraordinarios...

— Hubiéramos trabajado toda la velada mientras charlábamos, como antes de marcharme á Londres.

— No tengas cuidado, *titta*; no nos faltarán ocasiones... Y Dina cogió la mano corta y nutrida de su amiga y la llenó de caricias.

Las dos mujeres cambiaron una mirada de inteligencia.

— ¡ Cuando yo te lo decía !

— En efecto, debe haber algo; pero no tengas miedo, yo lo sabré, ella me lo dirá.

La noche que siguió á esta visita al palacio Borbón pareció á Dina terriblemente larga. Acostada al lado de su madre, detrás del biombo y con la cara vuelta hacia la pared, y obligada á permanecer inmóvil con todo el fuego que le hinchaba las venas y toda la fiebre que relucía en sus pupilas cerradas, se preguntaba cuál sería la respuesta de Jacquand y si en el caso de una negativa tendría Claudio el valor de cumplir su palabra. Lo que la desolaba sobre todo era la tímida llamada que intentaba la viuda antes de conciliar el sueño.

— ¿ Duermes, Didina mía? ¿ No quieres hablar un poco con tu mamá?

Después un largo suspiro y el silencio.... ¡ Ah! Si la joven hubiera podido echarse en los brazos de su madre y decírselo todo.... Pero no, Claudio exigía el secreto y había que esperar... esperar todavía.

Por la mañana, su primer pensamiento al levantarse fué una oración ferviente á Nuestra Señora de Four-

vière, cuya imagen no la abandonaba jamás. Aquel día debía ser decisivo para su dicha y para la de todos, porque ella asociaba su destino al de los demás. Así, cuando llegó á la oficina y entró en el vestuario donde las empleadas dejaban los abrigos y los sombreros y se ponían la larga blusa negra de trabajo, las manos le temblaban al colgar su saco en la percha, pensando que en él encontraría la respuesta de Claudio, buena ó mala. Aquella inquietud no la abandonó en todo el día, muy cargado, por fortuna, de trabajo. Febril por la falta de sueño y con las mejillas y los ojos encendidos, tiraba á cada momento de la cuerda del cristal de ventilación. Pero, fuera, soplaban áspero el cierzo y los torbellinos de lluvia y de granizo entraban hasta el centro de la sala y arrancaban de todos lados gritos de indignación, que obligaban á la vigilante á cerrar el cristal hasta que Dina le volvía á abrir en un acceso de nerviosidad involuntaria.

— ¡ Pues no tiene poco calor esta pequeña Eudeline, murmuraban sus compañeras de aparato; y el jefe de brigada, que se paseaba lentamente con las manos á la espalda, decía al pasar :

— Ese joven de los guantes claros le hace subir la sangre á la cabeza.

El tal jefe de brigada encontraba muy bonita á Dina y desde el día anterior aquel par de guantes le molestaban de un modo extraño. Todo el mundo hablaba en la administración del elegante y misterioso visitante y durante los diez minutos que las empleadas pasan cada hora en el lavabo, unas haciendo *crochet* y otras reparando ante el espejo algún detalle de peinado ó de traje, todas las conversaciones se referían al joven.

— ¿Quién podría ser?

— ¿Su primo, su novio?

— ¡Que se queman ustedes, señoras! decía la pequeña esforzándose por parecer alegre á pesar de la tristeza que le partía el corazón porque su respuesta no llegaba. Á las tres, nada todavía. No podía, sin embargo, desesperar, tanta era su confianza en Nuestra Señora de Fourvière. Por fin, en el último descanso antes de la salida, su mano percibió bajo la tela del saco el roce de un papel. Pero todo el mundo la observaba, hasta el celoso jefe de brigada, y no pudo hacer más que meterse la carta en el bolsillo, ¡con cuánta impaciencia y temor! y guardarla hasta el fin de la tarde.

El cambio de servicio se anuncia por un gran estrépito de timbres eléctricos, y de las tres salas de mujeres del piso bajo, París, Pueblos, Provincias, se escapa en seguida una bandada de sombrerillos, de abrigos y de sacos de percal, que se cruzan con otros sacos, abrigos y sombreros de las reemplazantes, saludadas al pasar con miradas inquisitoriales y sonrisas irónicas. Dina, más lista y viva, se deslizó como siempre á través de la multitud y se dió prisa por llegar á la calle *Vaneau*, una callejuela desierta y nueva, compuesta de casas vacías cuyos cartelillos de alquiler son agitados por el viento.

Después de una rápida mirada á su alrededor, pudo al fin sacar la carta del bolsillo y la leyó con mano temblorosa.

« Mi padre no me ha respondido; mi padre no ha venido ni vendrá, seguramente. Me dicen que está muy malo; una congestión pulmonar, mortal á su

edad. Parto en este mismo instante con el corazón ocupado por él y por usted, y estaré en Lyon antes del día, á tiempo; creo, de darle un abrazo. ¿Podré decirle que amo á usted y que usted es mi dulce prometida ante Dios? Ayer noche no han querido leerle el largo telegrama en que le decía mi amor hacia usted y el compromiso jurado por la santa imagen de Fourvière.... Esta noticia le hubiera hecho daño y no puedo sentir que la ignore. ¿Creerá usted que en aquel pensamiento oscuro y aniquilado lo único que sobrevive es la ambición? En su delirio no habla más que de Valfón y del ministerio de marina. Su último aliento será esta esperanza; comprenderá usted muy bien que no se la quite y la ruego que rece por él y por mí.

« Su fiel apasionado.

Claudio Jacquand. »

Leída y releída la carta y metida en el guante, entre el hueco de la pequeña y tibia mano, Dina pensó con fervor: « ¡Oh! sí, rogaré por tu padre, pobre amigo.... » Y con paso vivo y sonoro, el velo sobre los ojos, el saco negro al brazo, tomó la dirección de *Saint-Sulpice*, la iglesia en que entraba con más gusto. Dina conservaba en París la costumbre, adquirida en las largas horas ociosas de provincias, de entrar en la iglesia para hacer una corta oración ó un voto mental, y tenía para ella una dulzura inefable, después de la agitación y del tumulto de la oficina y del ruido de las calles, mecerse en una oración infantil que terminaba siempre en éxtasis en el silencio y el reposo de las altas naves y en la pe-

numbra de las capillas; delicioso retiro, único en el que una imaginación de joven podía tomar todo su vuelo sin riesgo de rozar ni de romper sus alas.

Por un pudor y un reparo delicado, Dina no hablaba nunca en su casa de aquellas largas visitas á *Saint-Sulpice* dos ó tres veces á la semana, y tampoco decía nada en la administración. Tenía miedo de las risas y de las bromas de sus colegas. Se había observado, sin embargo, que al salir de la oficina se marchaba siempre la primera sin esperar á nadie y con tal prontitud que una vez fuera no se la veía más. De esto á suponer toda clase de horrores no había ni el canto de una carta anónima y hacía algunos días que en casa de Claudio Jacquand y en la de la viuda de Eudeline abundaba este género de correspondencia mentirosa y cobarde.

« Que se esconda en un portal y espere la salida de la oficina; verá cómo se divierte ».

¡ Cuántas veces el pobre enamorado se había propuesto huir de tales tentaciones, que encontraba indignas de su amor! Y, sin embargo, hele aquí corriendo detrás de los talones de Dina y siguiéndola á distancia por la calle de Grenelle. ¿ Había, entonces, mentido? ¿ No eran ciertos ni el viaje á Lyon ni la enfermedad de su padre? No, todo era absolutamente exacto, pero los celos, más fuertes que la angustia filial, le habían acometido al ir á llevar la respuesta. La idea de que Dina saldría dentro de una hora y de que alguien la esperaría acaso, y, en fin, el veneno que venía absorbiendo hacía dos días le hicieron arder la sangre. Podía disponer aún de dos horas antes del tren de Lyon y al menos se marcharía con un indicio, con un dato, en

vez de ponerse en camino torturado por aquella horrible duda...

Con paso vivo y la cabeza alta bajo su pequeño paraguas de seda azul que tan pronto relucía al sol como á los chaparrones, la pequeña seguía un camino que no era el de su casa. Dos ó tres veces las grandes zancadas del lionés le llevaron involuntariamente á pisar casi los talones de Dina. Entonces cruzaba la calle ó se detenía delante de uno de los almacenes de objetos de piedad, rosarios ó imágenes santas, de que está lleno aquel barrio. De repente, al volverse, hacia la mitad de la calle de Saint-Sulpice, miró en vano hacia todos lados y no vió la pequeña y viva silueta que hacía un momento recordaría presurosa la acera contigua á las viejas y negras paredes de la iglesia. Viendo entrar y salir gente por las puertas pequeñas del templo, le ocurrió la idea de que había podido desaparecer por allí aquella extraña católica que en plena fiesta le hablaba de su devoción por Nuestra Señora de Fourvière cuyas medallas llevaba al cuello. Para asegurarse, subió cuatro ó cinco escalones, empujó una mampara y fué entonces tan grande su emoción que durante algunos minutos olvidó el motivo que allí le llevaba.

Desde el fondo del coro, sembrado de oro y de luces como una tiara asiática, la inmensa nave estaba bañada por una blancura sideral, lilibal, que se reflejaba en las muselinas y en los tules alineados de los velos blancos, de las blancas vestiduras de las jóvenes que habían hecho la primera comunión, y en las albas y estolas de doscientos seminaristas agrupados detrás. Aquel conjunto producía un raudal movable de blancura, irisada por la luz que caía de los altos vidrios y mecida por las voces

cristalinas de los niños, en medio del olor del incienso y de los ramos de lilas blancas del altar mayor. Durante todo aquel día había habido primera comunión, confirmación y renovación de votos, según supo Claudio por una vieja de palabra exaltada y de pequeños ojos sin pestañas y relucientes de júbilo. Los lados de la iglesia estaban llenos de apariciones de ese género, tiernas criaturas femeninas más ó menos jóvenes, todas en la misma actitud suplicante, con los mismos cuerpos vibrantes, en tensión, prontos á abrir las alas para un nuevo impulso, ó bien lánguidos y cansados, caídos sobre el reclinatorio como al fin de un día de efusión y de exaltación.

Al entrar desde la plaza de *Saint-Sulpice*, uno de los sitios de la orilla izquierda del Sena en que con más estrépito suenan los silbidos y los latigazos de los ómnibus, las canciones y las risas obscenas; al salir de aquel anochecer entristecido por la lluvia, el contraste era grande con la inmensa nave, navío de blancas velas que no tiene para defenderse más que flores y cánticos. Durante un minuto el lionés experimentó aquel choque de ideas, aquel torbellino de impresiones contrarias que le infundieron cierta calma.

El órgano y las voces infantiles continuaron su dulce ritmo y la blanca multitud su murmullo misterioso. De pronto Claudio descubrió entre otras siluetas proster-nadas la de una mujer á la que reconoció en la gruesa trenza rubia retorcida sobre la blancura de la nuca, entonces inclinada. ¡Dina! Era Dina... Y al verla absorta en la oración y bañada en lágrimas, recordó que la había pedido antes de partir que rezase por su padre, próximo á la muerte. Allí era donde venía tan derecha,

tan rápida, mientras él la seguía á lo lejos con sus hediondas sospechas. ¡Ah! Ahora ya podía ponerse en camino. La imagen de la joven, lavada de todo temor, brillante y pura, podía albergarse en su corazón como un precioso amuleto del que nada podría separarle.